

Mañana: Una visión de esperanza (1/2)

Dr. Justo L. González



Conferencias de MARCHA
10 de agosto de 2007

Mañana: Una visión de esperanza (1/2)

I. El término «mañana» es ambiguo.

Por un lado, implica dejadez, desidia. En lugar de decir «No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy», decimos «no hagas hoy lo que puedas dejar para mañana».

En ese sentido, «mañana» es símbolo de lo que en inglés se llama «procrastination», y en castellano «postergación». (De paso, es interesante notar que las dos palabras tienen etimologías contrastantes. En inglés se pro-castina, se lanza hacia delante. En castellano se post-erga, es decir, se pone por detrás. No tengo teoría alguna acerca de lo que esa diferencia indique. Pero la señalo para aquellos de ustedes a quienes les guste reflexionar sobre tales cosas.)

En todo caso, en este sentido de dejadez, de postergación, «mañana» es uno de los estereotipos con los que tradicionalmente se ha pintado a nuestro pueblo.

El ejemplo típico es el del mexicano recostado contra un cacto, bajo un gran sombrero. (Lo interesante es que nos pintan, no solo holgazanes, sino brutos, ¡porque no hace falta mucha inteligencia para saber que un cacto es bastante incómodo!)

Lo que resulta bien interesante es que lo que caracteriza a buena parte de nuestro pueblo es

todo lo contrario. La gente que dice que siempre estamos diciendo «mañana» es la misma gente que admira al empresario que tuvo una gran idea y se lanzó a realizarla, o al deportista que practica y practica hasta llegar a dominar su deporte. Pero esa gente no se da cuenta de que ese joven que trabaja como jardinero en el patio de su casa tuvo el valor necesario para abandonar el pueblo en que se crió, donde todos le conocían y de donde nunca había salido mucho, llevando poco más que la ropa que tenía puesta, y que se lanzó a caminar kilómetros, cruzar ríos y fronteras, arriesgarse en el desierto, vivir medio escondido en tierra extraña, sin saber más que dos o tres palabras del idioma . . . y todo ello para trabajar como jardinero. Ciertamente, tal persona tiene al menos tanto empuje como un Henry Ford.

II. Y esto nos lleva al otro sentido de la palabra «mañana».

Mañana es palabra de futuro, de esperanza. «Mañana» es a la vez «tomorrow» y «morning».

Mañana es la esperanza de un amanecer futuro. Por eso desde niños algunos de nosotros cantábamos «y ya el mañana, yo lo sé, sin lágrimas será». Y cantábamos también ¡Cuán gloriosa será la mañana cuando venga Jesús el Salvador!»

III. Esos dos sentidos de la misma palabra indica dos opciones que tenemos como pueblo:

1) Podemos dejar que otros nos definan: Somos gente de «mañana», recostada al cacto, desorganizada, irresponsable, etc.

2) O podemos definirnos a nosotros mismos: Somos gente del mañana, de un futuro mejor, de

un nuevo amanecer.

[Entre paréntesis, ese era el propósito del título del libro: Expresar nuestra identidad en formas que claramente contradijeran lo que muchos piensan de nosotros. Por eso es que en la traducción castellana, publicada en Argentina, el título es otro. Allí la agenda es otra.]

IV. Pero, por extraño que parezca, «mañana» tiene también referencia al presente.

A. Para entender esto, tenemos que notar primero que, aunque muchas veces pensamos que entendemos el presente a partir de nuestro pasado, también es cierto que entendemos nuestro pasado a partir del presente.

Como historiador, me di cuenta de esto hace medio siglo, cuando por primera vez visité algunas de las capitales de nuestra América. En México no se veía por ninguna parte un monumento a Hernán Cortés, pero sí había en un lugar bien prominente un gran monumento a Cuauhtémoc. En Lima no se veía por ninguna parte un monumento a Atahualpa y a Manco Inca, pero en el centro de la plaza principal sí había una gran estatua ecuestre de Francisco Pizarro.

La diferencia tenía poco que ver con lo que pasó en el siglo dieciséis. De hecho, comparado con Pizarro Cortés fue un santo. Las diferencias tenían que ver más con lo ocurrido en cada uno de esos países en el siglo diecinueve y la primera mitad del siglo veinte. En México había habido una revolución que, entre otras cosas, reafirmó lo indígena. En el Perú tal cosa no había

sucedido.

Hoy la estatua ecuestre de Pizarro ya no está en el centro de Lima. Pizarro es el mismo. No cambió después de muerto. Pero el Perú sí ha ido cambiando, y es por eso que Pizarro ya no está.

En otras palabras, que aunque nos imaginemos que pensamos de una manera lineal, del pasado al presente y luego al futuro, la realidad es otra. Leemos el pasado a partir del presente. Es el presente lo que nos lleva a seleccionar datos y temas del pasado, y lo que dirige nuestra evaluación de ellos.

A mí me interesa la historia del cristianismo, y no la del mandeísmo. ¿Por qué? En buena medida porque soy cristiano. Y quien decide hacerse experto en el mandeísmo lo hace porque hay algo en su presente que le conecta con ese pasado generalmente olvidado.

Por eso se escucha decir frecuentemente que «los herejes son los que perdieron». Y esto es cierto en buena medida. Si Pelagio hubiera ganado, hoy Agustín sería el gran hereje.

Pero hay que añadir que hasta la misma expresión «los herejes son los que perdieron» es indicativa del presente desde el cual estamos leyendo la historia. Es expresión de un presente escéptico, de un presente suspicaz de toda autoridad, de una inconformidad de ciertos

elementos de la tradición recibida.

Veamos otro ejemplo: La historia de Walker . . . La mía . . (Más universal. Incluye grupos del Oriente. Incluye la Conquista, etc.) Pero la diferencia no está tanto en mí como en los nuevos tiempos. Ya el centro del Cristianismo no está tanto en el Atlántico del Norte . . .

B. Pero si bien es cierto que leemos el pasado a partir del presente, también es cierto que debemos aprender a leer y a vivir el presente a partir del futuro.

1. Mi suegro . . .

Fue así que el libro se escribió . . .

Nosotros también, al mirar la realidad, creemos que la entendemos a partir del pasado.

Pero el futuro arroja sobre ella una nueva luz . . .

2. En términos más filosóficos, esto es lo que se llama las «causas teleológicas».

Causas eficientes y causas teleológicas. . . .

Aristóteles: el árbol llama a la semilla.

Génesis: Dios llama. Evangelio: Cristo llama. Da nueva función, nuevo nombre.

C. En el campo de la teología, esto ha llevado a un redescubrimiento de la escatología.

1. Cuando yo fui al seminario . . .

La escatología era cuestión de miedo . . . cuadros con las fauces del infierno

O era cuestión de descubrir el momento (en qué selló, por qué trompeta, la bestia, etc.)

Sobre esto volveremos más adelante.

Pero ahora hemos redescubierto la escatología como doctrina de esperanza. Jürgen Moltmann, *Teología de la esperanza*. Fue prisionero de guerra. La escatología es la doctrina de la esperanza cristiana. Sus temas son qué es lo que esperamos, y cómo hemos de esperarlo. En otras palabras, es la doctrina que nos ayuda a vivir en el presente a partir del futuro.

Esto afecta la vida diaria. Si lo que esperamos es un día cuando tornarán sus espadas en azadones . . .

Si lo que esperamos es un día cuando se sienten cada cual debajo de su higuera o debajo de su vida . . .

Un ejemplo que he usado frecuentemente: Japón e italiano

Otro ejemplo: Dos jóvenes: Una dice que va a ser médico; el otro que va a ser basquetbolista. ¿Cómo han de vivir? . . .

Algo semejante sucede en la iglesia. Por eso las querellas y las divisiones son, no sólo tragedia, sino hasta apostasía . . .

La fe cristiana es una fe escatológica. El mensaje de Jesús es mensaje del Reino. (No del Reino que traemos, sino del Reino que nos atrae, del futuro que nos llama.)

IV. Para terminar con esta perspectiva como historiador, dos ejemplos de cómo era que la iglesia antigua expresaba esto.

El primero: la forma de los baptisterios . . . El octavo día. Ciclo constante de 7 en 7.

Pero un día el ciclo se detendrá. Una gloriosa mañana nos despertaremos y descubriremos que no estamos de nuevo en el primer día, sino en el octavo.

La resurrección de Jesús tuvo lugar en el primer día de la semana. Pero es también el amanecer del día octavo. Es el comienzo de una nueva realidad.

Por eso los cristianos se reunían para adorar en el primer día de la semana: porque era el día de la resurrección de Jesús y porque era el octavo día. Y era en ese octavo día que los conversos entraban al entrar a las aguas bautismales en un baptisterio octogonal.

El segundo: La oración. Lo común era orar de rodillas, con los ojos cerrados y el rostro inclinado. Pero el domingo, el día de la resurrección, el atisbo del octavo día, se oraba de pie, con los ojos abiertos, mirando al frente. Ese día no nos acercamos a Dios como suplicantes, como siervos inútiles, sino como hijos e hijas adoptivos. Ese día nos acercamos al Rey como se acerca un príncipe a su padre: con respeto, sí, pero también con confianza filial.

Ese es el meollo del mensaje que nuestro pueblo tiene que oír de nuestros labios y ver en nuestro ejemplo: Somos pueblo del mañana. Somos herederos y herederas del Gran Rey. Y si ante el Gran Rey nos acercamos con confianza, no tenemos por qué acercarnos a nadie con el sombrero en la mano y la cabeza gacha, como quien se acerca al patroncito.

Esta es la gran tentación de todo pueblo minoritario, o inmigrante ...

V. En esto radica la importancia de desarrollar nuestra propia teología. (Antes se decía que la teología se escribía en Alemania, se traducía en Gran Bretaña, y se corrompía en los EE.UU.)

Nosotros no figurábamos en eso para nada. Éramos meros consumidores.

Pero lo que ha acontecido en las últimas décadas es precisamente el surgimiento de lo que algunos llaman “teologías contextuales”. Explicar.

Hay que decir es que las teologías que hoy se llaman “contextuales” no son las únicas que merecen ese título. Toda teología que valga la pena ha de ser teología contextual. Cuando Santo Tomás de Aquino escribió sus famosas sumas, lo estaba haciendo dentro de su propio contexto. Ese contexto incluía el redescubrimiento de la filosofía aristotélica por parte de Europa occidental, los retos de los musulmanes y su reclamo de que su teología era más racional que la de los cristianos, los debates dentro de la iglesia misma acerca del lugar que deberían tener en

ella profesores que, como Santo Tomás, pertenecían a órdenes mendicantes, y un sinfín de cosas más. Que después el tomismo se olvidara de ese contexto, y se volviera un sistema teológico frío e inflexible, no fue obra de Santo Tomás, sino de quienes después de él pretendieron que su teología no era contextual, y que se aplicaba de igual modo en la América del siglo veinte que en la Francia del trece. Cuando Juan Calvino escribió su *Institución de la religión cristiana*, lo hizo dentro de su propio contexto. Ese contexto incluía su experiencia de exilio, los ataques por parte del papado, la constante tensión entre Calvino y el gobierno de la ciudad, los estudios de derecho del propio Calvino, y un sinfín de cosas más. El que después su teología se haya convertido en un sistema rígido para determinar exactamente quién era ortodoxo y quién no, no fue obra de Calvino, sino de quienes después, particularmente en el sínodo de Dort y en la Asamblea de Westminster, pretendieron que la teología del gran reformador de Ginebra no era contextual, y así hicieron de ella el fundamento para un llamado “calvinismo” que Calvino mismo posiblemente no hubiera reconocido como suyo.

VI. Pero el contexto no es sólo el presente. El contexto es también la visión del mañana.

La verdad es que en muchos modos los contextos de las llamadas teologías contextuales no han cambiado tanto. Feminista. Negra. Latinoamericana.

Nuestro contexto sí ha cambiado. Somos más. Somos más diversos. Se nos discute...

Pero el cambio más importante no está en nuestro presente, sino en nuestro futuro, en la visión

que tengamos de nuestro mañana y del mañana del mundo.

Por ejemplo: Para algunos somos un problema. Para otros somos un reto. Para muchos de nosotros, somos personas de segunda clase que tocan a la puerta del país y de la iglesia.

Pero, ¿qué sucederá si vemos las cosas de otro modo? ¿Qué sucederá si, en lugar de ver las cosas como las ve el censo, o como las ve el Congreso, o como las ve Tancredo, o como las ven nuestros aliados más liberales, las vemos como las vio Juan de Patmos? “Después de esto miré, y vi una gran multitud, la cual nadie podía contar [¡ni siquiera la Oficina Nacional del Censo!], de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas. Estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas y con palmas en sus manos”.

¿Se dan cuenta ustedes de lo que significa esto? Nosotros no somos un problema. Somos una oportunidad que Dios nos está dando a todos de alcanzar aunque sea un atisbo, un saborcito, del futuro de Dios, de las bodas del cordero, de esa gran multitud, a quien nadie puede contar, de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas.

En tal caso, el problema para el resto de la sociedad no está en que seamos muchos o pocos. El problema es que encarnamos una visión del futuro distinta de la que la sociedad en torno nuestro promueve. El problema está en que la buena escatología siempre es subversiva, por cuanto habla de un futuro mejor, de otro reino y otro sistema, de otras relaciones.

El problema con la visión de Juan está en que Juan nos habla claramente de dos visiones que encarnan dos sistemas. En los términos de aquella época, Juan habla de dos ciudades, que son dos estados, dos modos de ordenar la sociedad y la vida.

Por una parte, está la ciudad de Roma. Es poderosa. Gobierna buena parte del mundo conocido, y hace sentir su presencia en el resto. Se dice pacificadora, pero sus intervenciones, por bien intencionadas que se imaginen, traen guerra y destrucción. La visión de esa ciudad no es más que la continuación y la expansión de lo que ya existe. Estamos bien. No necesitamos mucho más. Quizá alguna otra tierra que conquistar. Quizá algún otro pueblo civilizado. Pero nada que sea radicalmente nuevo.

Por otra parte está la Ciudad Santa, la Nueva Jerusalén que desciende del cielo como esposa ataviada para su novio. Es tan radicalmente nueva, que Juan habla de un cielo nuevo y una tierra nueva. Y antes que él el Apóstol Pablo había dicho: “Las cosas viejas pasaron; he aquí, todas son hechas nuevas”.

En última instancia, el conflicto entre el Imperio Romano y la iglesia naciente se refiere precisamente a esto: a dos visiones del futuro—a dos visiones en conflicto. Esa era la pregunta que tenían que hacerse aquellos primeros lectores del Apocalipsis: ¿Cuál es el mañana que esperamos? ¿Será el día en que los más grandes sueños de Roma se cumplan? ¿O será el día en que se cumplan las promesas del Reino, el día en que “enjugará Dios toda lágrima de los ojos de

ellos”?

VII. Y es aquí que entran en juego las teologías “contextuales”.

Lo interesante del caso es que son teologías de quienes estamos, por así decir, “fuera de contexto”. Son teologías de quienes no están instalados en el orden presente. Negra. Feminista. Latina.

VIII. Pero nuestra teología—toda teología—no puede contentarse con ser contextual. Tiene que ser también católica.

Sentido de la palabra.

IX. ¿Cuál es entonces nuestra tarea como caucus hispano?

No sencillamente abogar por los derechos de los latinos en la IMU. Eso y más.

No solamente siquiera abogar por leyes justas de inmigración, de empleo, de educación, etc.

Eso y más.

Es también, y sobre todo, llevar el mensaje de esa visión distinta a una iglesia instalada, a una iglesia cómoda. “Mainline”.

Nuestra tarea, en una palabra, es ayudar a toda la iglesia—a la iglesia metodista y a la iglesia

universal—a participar de aquella visión:

Después de esto miré, y vi una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas. Estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas y con palmas en sus manos. Clamaban a gran voz diciendo: ‘¡La salvación pertenece a nuestro Dios, que está sentado en el trono, y al Cordero’

